

- espero me dispenseis
el honor de serme franca.
- CLARA. —No me fio de días claros,
ya veis si os hablo á las claras.
Dicen que amor repentino
como se empieza se acaba.
Y además su posición
con la mía comparada...
- D. ART. —Amor entre posiciones
no reconoce distancia;
lo que no iguala su influjo
nada en el mundo lo iguala.
Y si, por no conocerme,
no fiáis en mi palabra,
os dotaré en diez mil pesos;
creo haberme explicado, Clara.
- CLARA. (Ap.) —(Como yo pueda atrapt e,
de seguro, no te escapás.)
Bien, lo pensaré despacio.
Y me dareis...
- D. ART. —Esperanza
por ahora; que importa mucho,
si es verdad lo que me habla,
aclarar ciertos misterios.
- D. ART. ¿Qué misterios?
- CLARA. —De esta casa,
que según tengo entendido
ignora usted.
- D. ART. —No sé nada...
- CLARA. —Pues si de no delatarme
empeñáis vuestra palabra...
- D. ART. Os juro que así lo haré;
yo soy caballero, y...

CLARA.

—Basta!

Pues señor, el caso es
que vuestra señora hermana,
por lo que yo he comprendido
gastó lo que le mandábais
en modas y perifollos,
mucho boato, gran casa,
con objeto de hacer viso
y entrar en la aristocracia,
casando á su hija Conchita
con un hombre de importancia;
pero no hay tales carneros;
los dos creyeron *lograrla*,
selucidos uno y otro
por la pompa que ostentaban
y se han dado un chasco mútuo!
Y hoy lamentan su desgracia,
enseñando á todo el mundo
con prueba evidente y práctica,
que el hábito no hace al monje:
las apariencias engañan.

D. ART. —Pues cómo, D. Federico...?

CLARA. —Don Federico!... es un sátrapa
con más conchas que un galápago
riveroño, y más escamas
que un sábalo; en fin, el mozo
es un prodigio, una alhaja!

D. ART. —Con que, tal se han conducido?...

CLARA. —Veo que de poco se extraña,
pues lo mejor no lo he dicho:
que al descubrir la patraña
y al ver en puro pastel
sus esperanzas trocadas,

- todos en usted confían.
 D. ART. —Mal hacen; ¿en mí?... Se engañan!
 Más bien tirar el dinero
 que proteger á una plaga
 de vagos y miserables,
 que con necio orgullo labran
 su ruina y la del prógimo!
 ¡Antes ciegue que tal haga!
 Verás como desvanezco
 toditas sus esperanzas
 en el momento que lleguen!
 CLARA. —¿Qué piensa usted hacer?
 D. ART. —Nada;
 tú déjame obrar y á todo
 lo que veas, oye y calla,
 sin descubrir nuestro intento;
 yo les haré ver ..
 CLARA. —Que llaman;
 voy, ¿quién es?
 D. ART. —Que á mi lado
 no está quien tan mal me paga.
 (Voces dentro.) ¡Abre!
 CLARA. (Abriendo.) —Allí espera en la sala
 D. Arturo.
 D.^a SAB. —¿Quién, mi hermano?

ESCENA XI.

- D. Arturo. Clara. D.^a Sabina. Conchita. D. Federico.*
 —¡Querido hermano del alma! (Abrazándole.)
 CONCH. —¡Tío Arturo! (aa.)
 D. FED. (Dándole la mano.) —¡Señor de Alcántara!
 ¡Mi querido tío político!

- D. ART. —Ola, ola, buenas alhajas.
 D. FED. —Le agradecemos su obsequio,
 y os damos por él mil gracias!
 D. ART. —No las merece.
 D.^a SAB. —Dejarse
 ya de cumplidos, ea, vaya;
 cuéntanos, cómo te ha ido
 en tu viaje?
 D. ART. —¡Ay, hermana,
 más valiera no contarlo!
 D.^a SAB. —Pues qué... ocurrió...
 D. FED. —Una borrasca?
 D. ART. —Desastrosa!
 CONCH. —Ay! cuánto susto
 pasarías!
 D. ART. —Casi nada!
 La embarcación se fué á pique,
 y si no es por la Numancia
 que acudió en nuestro socorro,
 hubiéramos ido al agua.
 D.^a SAB. —Vaya por Dios; quién resiste
 desgracia sobre desgracia!
 D. ART. —Y gracias que hemos salvado
 el cuerpo; lo demás nada!
 Dos millones que traía
 en una caja de plata;
 equipaje, documentos,
 una infinidad de alhajas,
 en fin, todo se ha perdido,
 escepto lo puesto, y gracias
 que no perdimos también
 la vida en esta jornada.
 Preferible hubiera sido

morir, á volver á España
en un estado aflictivo,
pobre, y con las cataratas...

D.^a SAB. —Pero hombre, ¿á quién se le ocurre
traer dos millones por agua?

D. FED. —Eso es lo que digo yo;
traerlos en una caja,
y de Ultramar nada menos!

D. ART. —Cuando traía la esperanza
de curarme y recobrar
la vista, todo me falta!
Paciencia, cómo ha de ser!

CLARA. (ap.) Qué bien lo hila y lo ensarta!

D.^a SAB. —Pues hijo, lo siento mucho,
pero es aún más amarga
la noticia que te espera,
y es que yo no tengo ni agua
que poderte dar!

D. ART. —Qué oigo?

D.^a SAB. —Lo dicho.

CLARA. (ap.) Jesús, qué entrañas!

D. ART. —Pues los dineros que yo
mandé para que compraras
una huerta, ¿dónde han ido
á parar?

D.^a SAB. —Yo, confiada
en tu caudal, y aspirando
á dejar bien colocada
á mi hija, los gasté
y ahora me veo entrampada,
porque tu señor sobrino
político, deslumbrada

me traía con tanto lujo,
tanto boato y tal gala,
que fingió una posición
riquísima, extraordinaria,
y sus amigos y todos
tanto en su favor me hablaban
que fui víctima inocente
de quien solo tiene trampas.

D. FED. —Yo embebido en la apariencia
busqué mujer rica y guapa;
y como una y otra cosa
en la apariencia encontraba,
fingí ser rico también,
y me hundí en esta emboscada.

D. ART. —De modo que ambos á un tiempo
se han dadado ustedes...

CLARA. (Aparte.) ¡Castaña!

D.^a SAB. —Ya lo ves, y sin recursos
no es posible que en mi casa
puedas estar, yo lo siento;
pero...

D. ART. —¡Ya lo veo, hermana,
me admiran tus sentimientos!
¿Era eso lo que me amabas?
¿Los abrazos que hace poco
cuando llegaste me dabas?

D.^a SAB. —¡Qué quieres, ese es el mundo!

D. ART. —Pues ya que tu eres tan franca
lo voy á ser yo contigo;
oye, y en tu pecho guarda
de la experiencia un consejo,
quien mal anda, mal acaba.
Tú, que ahora me juzgas pobre

y por tanto me rechazas,
sin obrar yo así contigo,
has hecho muy mal hermana.
No has conocido mi ardid,
que he fingido una desgracia,
para descubrir y ver
bien el fondo de tu alma;
y pues también he podido
ver lo que ahí dentro se guarda
me retiro, como quieres,
que así no quepo en tu casa!
Me iré á vivir á una fonda,
y allí en compañía de Clara,
me curaré y muy feliz
pasaré mi vida en calma.

D.^a SAB. —Perdona, si te ofendí,
á qué quieres irte? ¿Y Clara,
sin pedirme á mí permiso
cómo se vá?

D. ART. —Perdonada
estás, hermana, por mí.

CLARA. —Porque no voy de criada.

D. ART. —Quiere ser más bien señora
con diez mil duros dotada
que seguir aquí sirviendo.

CLARA. —Va, ¿pues qué se figuraba?
Un hombre rico, si es noble,
no se prenda de las galas;
busca una mujer decente
de su gusto, y pues, se casa;
y así pueden ser felices
los dos, y ella siempre honrada,

que el que sigue otro camino,
buscando ilusiones vanas.
conocerá que en el mundo
¡Las apariencias engañan!

(Cae el telón.)



ÍNDICE

	Páginas
Por qué te llamas Dolores.—Letrilla.	1
A D. Manuel Bretón de los Herreros.	5
A la memoria de la distinguida señora doña Rafaela Fábregues de Valdelomar, Baronesa de Fuente de Quinto.	9
La vida del campo.—Egloga.	13
A los héroes del Dos de Mayo.—Oda.	19
Un baile.	27
Un cuento de las Mil y una noches.—En el álbum de la Sra. Marquesa de la Corte.	35
A la temprana y sentida muerte de la Srta. D. ^a Matilde González Ruano y Lu- que.—Elegía.	41
Lo imposible.	51
A Africa.	55
A Calderón.—Soneto.	60
A el Guadalquivir.	64
En la muerte de Ayala.—Las dos eterni- dades.—Soneto.	68
Misterio.	73
En el álbum de la Srta. D. ^a Margarita Valdelomar y Fábregues.	77
La Conquista de Córdoba.—Cantos épico religiosos.	81
ENSAYOS DRAMÁTICOS.—El Espectro Juez. —Drama en un acto.	147
Las apariencias engañan.—Zarzuela en un acto y en verso.	171